

El espejo irlandés. Panceltismo y nordismo en el discurso nacionalista de Bretaña (1845-1945)

José Antonio Rubio Caballero

Universidad de Extremadura

Resumen: De entre los elementos que componen la ideología del *Emsav* o movimiento bretón, quizá el panceltismo constituya el *leitmotiv* más preeminente. Este artículo trata de analizar cuáles son sus características y cómo evolucionó entre el nacimiento del *Emsav* y el final de la Segunda Guerra Mundial: desde el diletantismo erudito y nostálgico hasta su politización y puesta en contacto con el nordismo nazi, desde su empleo como elemento de diferenciación étnica hasta su uso como pilar para la improbable edificación de un futuro y mítico Estado bretón.

Palabras clave: Bretaña, regionalismo, nacionalismo, celtismo.

Abstract: Pan-celticism is one of the most prominent components of *Emsav's* ideology. This paper analyzes its features and its evolution from *Emsav's* birth to the end of World War II: pan-celticism has been a result of nostalgic diletantism, it has been employed as a mean to approach to nazi's ideas, it has been seen as key to differentiate the Breton race, and it has finally been considered as the corner stone of a future Breton state.

Keywords: Brittany, regionalism, nationalism, celticism.

A finales del siglo XIX se culmina el proceso de inserción de la península de Bretaña, antiguo ducado autónomo, en la República francesa, merced a las exitosas políticas de asimilación y aculturación llevadas a cabo por esta última. La irremisible integración de Bretaña en la Francia uniforme contó, si no con una efusiva adhesión, con la aquiescencia implícita de la mayor parte de la población bretona. Pero en ciertos sectores la disolución de la especificidad del territorio fue vivida como una tragedia que debía evitarse, y de ese sentimiento nació el *Emsav* o «movimiento bretón»¹. La centuria que se extiende entre la mitad del siglo XIX y el final de la Segunda Guerra Mundial conoce el nacimiento y el desarrollo de este fenómeno de reivindicación identitaria, en cuya vida se puede señalar un punto de inflexión significativo: el final de la Primera Guerra Mundial. Antes de ella, el llamado «primer *Emsav*» se constituye únicamente de grupúsculos más intelectuales que estrictamente políticos, de ideario regionalista o proto-nacionalista, nutridos principalmente por aristocracia legitimista y clero ultramontano, y cuya labor bien puede ser encuadrada en ese taller in-

¹ Entre las obras de referencia sobre el primer *Emsav* citaremos: TANGUY, B.: *Le renouveau des études bretonnes au XIX siècle*, París, UGE, 1977; LAGRÉE, M.: *Religion et cultures en Bretagne (1850-1950)*, París, Fayard, 1992; FAVEREAU, F.: *Bretagne contemporaine. Culture, langue, identité*, Skol Vreizh, Morlaix, 2005; DENIS, M.: «Le mouvement breton pendant la guerre: un bilan», en BOUGEARD, Ch. (dir.): *Bretagne et identités régionales pendant la Seconde Guerre Mondiale*, Brest, UBO, 2002; GUIOMAR, J. Y.: *Le bretonisme: les historiens bretons au XIX siècle*, Rennes, Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne, 1987; TONNERRE, N. Y. (dir.): *Chroniqueurs et historiens de la Bretagne*, Rennes, PUR, 2002; LE STUM, P.: *Le néo-druidisme en Bretagne: origine, naissance et développement (1890-1914)*, Rennes, Ouest-France, 1998; LE BERRE, Y.: *La littérature de langue bretonne entre 1790 et 1918*, Morlaix, Ar Skol Vreizh, 1994. Entre las obras sobre el segundo *Emsav* destacaríamos: DÉNIEL, A.: *Le mouvement breton (1919-1945)*, París, Maspéro, 1976; FRÉLAUT, B.: *Les nationalistes bretons de 1939 à 1945*, Brasparts, Beltan, 1985; HAMON, K.: *Les nationalistes bretons sous l'occupation*, Fouesnant, Embanner, 2004; NICOLAS, M.: *Histoire du mouvement breton*, París, Syros, 1982; de este último autor, un libro reciente especialmente centrado entre 1945 y nuestros días, *Histoire de la revendication bretonne*, Spézet, Coop Breizh, 2007, rico y descriptivo mas acaso lastrado por un nunca escondido partidismo ideológico del autor; FRÉVILLE, H.: *Archives secrètes de Bretagne (1940-44)*, París, Ouest-France, 1985. En España, un estudio sobre la evolución ideológica del movimiento desde sus orígenes hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial: RUBIO, J. A.: *La patria imperfecta. Idearios regionalistas y nacionalistas en Bretaña (1789-1945)*, Cáceres, Unex, 2010; alguna obra de carácter mucho más global pero de buen potencial comparativo es la de NÚÑEZ, X. M.: *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis, 1998.

telectual consagrado a la fábrica de naciones que fue la Europa decimonónica². Ruralismo, clericalismo, organicismo social, simpatías antiguorregimentales, recelos antidemocráticos y la oposición a la total integración de la vieja especificidad bretona en el conjunto unificado que era la República francesa están en el corazón de las primeras reivindicaciones de los *emsaveriens*, que no aspiraban a una secesión total de Bretaña, sino al retorno de ésta al estatus de provincia confederada o foral en el reino de Francia que poseyó antes de la Revolución de 1789.

Aunque en buena medida depositario del legado de la generación anterior a la Gran Guerra, el «segundo *Emsav*» remoja algunas propuestas. En lo doctrinal toma prestados los rasgos del bretonismo tradicional pero estira algunos de sus principios llevándolos hasta sus últimas consecuencias, mientras que atenúa o margina otros. Instalado en una visión esencialista de la patria bretona, el nacional-populismo bretón de entreguerras basa su credo en el rechazo de la Francia unitaria y —a diferencia de su predecesor regionalista— en la reivindicación de la soberanía nacional de Bretaña. Por lo demás, los flirteos racistas, el lenguaje victimista y revanchista, el desprecio al liberalismo político y económico, la condena del socialismo y la defensa del corporativismo social se abren paso poco a poco. Y, por supuesto, los resabios nordistas y pancélticos, objeto del análisis que presentamos a continuación.

El presente artículo se centra en el significado y en las expresiones del que fue uno de los elementos ideológicos más destacados del repertorio de lugares discursivos del movimiento bretón, el panceltismo. El panceltismo, y más concretamente el lugar prefe-

² THIESSE, A. M.: *La création des identités nationales*, París, Seuil, 1999, p. 13. Esta línea argumentativa, aunque con diferentes matices, está también presente en las afirmaciones de autores ya clásicos, como Anderson (según el cual la nación es antes que nada una «comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana», ANDERSON, B.: *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of Nationalism*, edición revisada, Londres, Verso, 1991, p. 6), o el más modernista o instrumentalista de ellos, Hobsbawm, para quien «las naciones son entidades históricamente novedosas que pretenden existir desde hace mucho tiempo» pero cuya historia «consiste en anacronismos, omisiones, descontextualizaciones y, en casos extremos, mentiras». HOBBSAWM, E.: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 19. En cualquier caso, lo que el *Emsav* está experimentando durante la segunda mitad del siglo XIX es aquel proceso necesariamente embrionario propio de todo futuro nacionalismo, descrito detenidamente en HROCH, M.: *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

rencial que Irlanda y lo irlandés ocuparon en el imaginario político-cultural bretonista, experimenta, desde las primeras décadas del siglo XIX hasta, al menos, el final de la Segunda Guerra Mundial, un interesante juego de cambios y continuidades. Además, el panceltismo es un elemento que tuvo la capacidad para transmitirse de una generación a otra del *Emsav* y no desaparecer o caer en el olvido —a diferencia de otros, como el catolicismo ultramontano—; un elemento, en fin, que, a costa de pervivir en el interior del ideario de ese movimiento, mutó y se transformó, radicalizándose y politizándose. Señalaremos, finalmente, en qué consistió el cambio de significación o, mejor dicho, la evolución de las connotaciones que ese espejo pancéltico o irlandés sufrió entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX.

El celtismo y el panceltismo constituyen uno de los más llamativos y a la vez definitorios elementos de la ideología bretonista. Si bien en sentido estricto el celtismo es la afección por el estudio de la lengua y la cultura celtas, en sentido extenso se trata de una corriente historiográfica, literaria, incluso política, que postula la ascendencia básicamente celta de una serie de pueblos europeos, entre ellos el bretón. El panceltismo sería la actitud o corriente política partidaria de la promoción e intensificación de los contactos entre esos pueblos de teórica ascendencia celta. El celtismo ha sido definido como un caso claro de «invención» en el sentido de «construcción» de un mito nacional, a partir de la investigación fundada sobre el análisis de un cierto número de elementos, eso sí, objetivos (materiales, artísticos, folclóricos, lingüísticos)³. Los inicios de ese panceltismo más o menos institucionalizado pueden ser ya detectados en la década de 1820, como fruto de la colaboración de intelectuales de ambos lados del Canal de la Mancha⁴. Si bien el panceltismo es inherente a toda iniciativa inserta en el *celtic revival* que se fue irradiando desde las Islas Británicas, no estaría exenta de lógica la afirmación según la cual «los bretones fueron los más entusiastas

³ VILLARES, R.: «Gloire et déclin du celtisme dans l'histoire de la Galice», en SERRANO, C.: *Des nations en quête de passé: la péninsule ibérique (XIX-XX siècles)*, París, Presses Paris Sorbonne, 2000, pp. 157-181, cit. p. 157.

⁴ En Irlanda, el movimiento conocido como *Celtic Revival* se propagó en medios literarios y artísticos desde el siglo XVIII, y constituyó la pasarela previa al independentismo político del siglo XIX. En Escocia, la *Royal Celtic Society* fue fundada en 1820 por David Stewart, y se veía igualmente animada por el interés de resucitar la «identidad céltica» de Escocia.

panceltistas», en la medida en que eran «los miembros más aislados de la comunidad de antiguos hablantes de lenguas celtas, y los sometidos a un mayor grado de hostilidad externa». De ahí su necesidad de sentir que «contaban con aliados en su lucha por preservar su cultura e identidad»⁵. Y quizá por la circunstancia del inevitable alejamiento geográfico, por la continentalidad de la península armoriana, o por la contumacia con que el rodillo de la aculturación francesa avanzaba, ese panceltismo hubo de ser particularmente exaltado en Bretaña. Y quizá por ello también Irlanda se convirtió en espejo desde el siglo XIX, no tanto porque ésta fuera considerada como exclusiva cuna de la cultura céltica, sino porque la isla se erigía como el referente ideal de pueblo celta exitoso en su combate —ya cultural, ya político— contra la potencia alógena. En este sentido, Irlanda ha devenido desde entonces hasta ahora una especie de «paraguas étnico»⁶ en todo lo que a panceltismo se refiere.

En cualquiera de los casos, tanto en el periodo de creación y moldeado de una identidad bretona (siglo XIX), como en la ulterior tarea de lucha política por su autonomía institucional o incluso su autodeterminación, el celtismo, como mito fundador de Bretaña, desempeñó un papel esencial por un doble motivo: sirvió tanto para afirmar una diferencia con respecto a Francia, como para subrayar una analogía con respecto a una serie de pueblos hermanos repartidos por la Europa noroccidental.

Por lo demás, fue el celtismo una constante tanto en el discurso regionalista como en el nacionalista desde su aparición, si bien es cierto que su peso relativo en el conjunto del ideario *emsaverien* varió según épocas y tendencias. Y sobre todo se modificó el grado de literalidad con que el *Emsav* interpretó determinados proyectos relacionados con ese pretendido renacimiento cultural celta. Así, no es equiparable la dimensión de la huella dejada por el pancel-

⁵ HAYWOOD, J.: *The celts: from bronze age to new age*, Harlow, Pearson, 2004, p. 190.

⁶ HALE, A., y TAYTON, P. (eds.): *New directions in celtic studies*, Exeter, University of Exeter Press, 2000, p. 8. Incluso en la Península Ibérica, los precursores del celtismo gallego valoraban ante todo la tarea previa y ejemplificadora llevada a cabo en Irlanda: «se subraya, ante todo, la definitiva importancia que para el movimiento político tuvo la receltización de Irlanda, y la recuperación de la conciencia nacional a través de la recuperación de la vieja lengua». GÓMEZ, D. (coord.): *As identidades galega e irlandesa a través dos textos*, Santiago, Universidade de Santiago, 2005, p. 13.

tismo sobre el regionalismo conservador decimonónico que la acusada impronta que dicho *leitmotiv* dejó sobre el nacionalismo fascizante y antifrancés de entreguerras. No fue igual el sentido más o menos incluyente que tuvo lo céltico para la erudición decimonónica —que desarrolló toda una teoría sobre la «celtidad» no sólo de Bretaña, sino de toda la antigua Galia prerromana—⁷ que el sentido excluyente que tuvo esa idea para los militantes de entreguerras, que hicieron de lo celta un correlato de «lo nórdico» y, por tanto, de «lo germánico». No fue parejo el sentido de la identidad celta que tenía el discurso de los primeros bretonistas —que conseguían supeditar el fondo precristiano a un preponderante catolicismo tradicionalista— que la visión crecientemente secularizada, incluso neopagana y esotérica, propia del panceltismo del segundo *Emsav*. Y, por último, no es equiparable el sentido que esa dialéctica del resurgir celta tuvo para los primeros eruditos regionalistas —abrazados a una idea básicamente retórica, cultural o estetizante de lo celta— que el sentido que poseyó para los activistas del periodo 1919-1945, para quienes el renacimiento céltico sí que constituía un ineludible imperativo ideológico que había de hallar, inaplazablemente, su correlato político y su plasmación jurídico-institucional.

Un barrido por el concepto de celtidad que desde mediados del siglo XIX a mediados del XX exhibe el *Emsav* nos informa, pues, de un solo hilo conductor primordial, pero de visibles alteraciones de rumbo, debidas a la ductilidad de la idea misma de lo céltico: lo que empezó siendo el mero corolario de un tradicionalismo agónico acabó convirtiéndose en la pasarela hacia el nordismo más recaltrante. Veamos con más detenimiento cómo se plasmaron esos dos hechos concatenados y casi consecutivos en el tiempo.

La mirada nostálgica

La invocación de un pretérito más soñado que real y el anhelo de reconstruirlo y actualizarlo empujaron a los bretonistas decimonónicos a reivindicar el parentesco de los bretones con el resto de los pueblos celtas. El panceltismo alcanzaría por ello la categoría de

⁷ POMIAN, K.: «Francs et gaulois», en NORA, P.: *Les lieux de mémoire*, vol. 3, París, Gallimard, 1992, pp. 41-105.

auténtico lugar común del discurso regionalista bretón⁸. La reivindicación de lo celta se manifestó no sólo en una mirada diacrónica, orientada hacia el pasado, sino también en una mirada sincrónica, lanzada hacia el exterior. Además de la consabida introspección étnica y del necesario sondeo de linajes raciales, que explican la verdadera «celtomanía», el renacer del druidismo y el apasionamiento por el megalitismo o por las leyendas arturianas, el bretonismo también implicó la apertura de una ventana hacia fuera, orientada hacia la cuna de los ancestros, que se ubicaba en las Islas Británicas. Así se explica el deseo de los intelectuales protonacionalistas por regenerar la fraternidad con otros pueblos de hipotético origen común, galeses e irlandeses especialmente. Designando a los hermanos de raza, el regionalismo bretón dictaminaría sobre tales pueblos los mismos juicios que antes había aplicado sobre la tierra propia, es decir, la comunidad de origen, la amenaza externa, la pureza identitaria⁹. La débil romanización de la península armoricana y las Islas Británicas se convirtió en un argumento precioso para los breto-

⁸ Discurso particularmente presente en las publicaciones que dejaron las diversas *sociétés savantes* y cenáculos celtómanos, como por ejemplo la *Société Archéologique et historique des Côtes-du-nord* (1842-1890), la *Société Archéologique du Finistère* (1845-1860 y reaparecida en 1873), la *Société Polymathique du Morbihan* (fundada en 1826) o la *Société d'Émulation des Côtes-du-Nord* (fundada en 1861) o *Association Bretonne* (creada en 1843, suspendida entre 1859 y 1873).

⁹ La actitud del Estado francés ante estas iniciativas fue ambigua y zigzagante. A pesar de asentarse sobre principios jacobinos y universalistas, ese Estado en ocasiones llegó a tolerar, con lógicas limitaciones, e incluso a instigar la diversidad de miradas nostálgicas hacia los pasados provinciales y locales de Francia (con la pretensión, principalmente, de encuadrarlas y de encauzarlas en un determinado sentido). Esa política, imprecisa, oscilante y a veces incómoda, ha sido bien analizada en GERSON, S.: «L'État français et le culte malaisé des souvenirs locaux, 1830-1870», *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, 29 (2004), pp. 13-29. Para Caroline Ford, las identidades regionales francesas, lejos de verse erradicadas totalmente, se mantienen porque el Estado decimonónico trata de hacerlas hasta cierto punto compatibles con la gran lealtad a Francia. Según Ford, el caso bretón manifestaría esa idea según la cual el Estado no arrolla, sino más bien adecua a sus fines de *nation-building* esos «hechos regionales» defendidos por las *sociétés savantes* locales, y así logra definirse como una estructura poliédrica fundada en la multiplicidad de pequeñas identidades, eso sí, subordinadas y constituyentes intrínsecas de la gran y esencial identidad común nacional. FORD, C.: *Creating the nation in provincial France. Religion and political identity in Brittany*, Princeton, Princeton University Press, 1993. Para el ámbito geográfico de la Francia meridional puede señalarse el caso cercano del *Félibrige* occitano. MARTEL, P.: «Le Félibrige: un incertain nationalisme linguistique», *Mots. Les langages du politique*, 74 (2004), pp. 43-56.

nistas, ansiosos por religar en un haz común las trayectorias vitales de bretones, irlandeses, galeses y escoceses. Igualmente, la exposición de los celtas de ambos lados del Canal de la Mancha, ya en el Medievo, a las influencias de sus poderosos vecinos los anglosajones y francos, y el riesgo de aniquilación de sus identidades constituyó otro *leitmotiv* sobre el cual el protonacionalismo bretón se apoyó. El proceder de éste consistió en partir de una serie de realidades históricas más o menos objetivas para luego estirar significados y dislocar interpretaciones, haciendo cuadrar el pasado con las visiones del presente¹⁰. Y el ideal pancéltico desembocó en la nostalgia por una edad dorada, por una unidad y una pureza original perdidas. En resumen, una utopía retrospectiva.

Aparte de quedar plasmado en toda una línea discursiva, en todo un tópico argumental que salpimentaba una considerable cantidad de estudios o de obras literarias, el panceltismo del primer *Emsav* tuvo su gran cristalización en la configuración de un movimiento neodruídico. El viaje del folclorista Théodore de la Villemarqué (1815-1895) y del filólogo Le Gonidec (1775-1838) a Gales en 1838 y su iniciación en el druidismo constituyeron un punto de inflexión. Aunque no sería hasta 1900 cuando se constituyese en Guingamp el primer *Gorsedd* («asamblea» en galés) de la Pequeña Bretaña. La función de dicha institución, concebida como una reunión permanente de bardos, era la de promocionar el estudio, la conservación y el desarrollo de las artes, la literatura y las tradiciones célticas. Una suerte de simbólico consejo de sabios destinado a recrear las labores de los idealizados bardos antiguos. En la introducción de su *Barzaz Breiz*¹¹, La Villemarqué se recreaba al describir los cometidos de és-

¹⁰ Muchas décadas después del auge romántico se han puesto en cuestión teorías que para los bretonistas eran intocables, como la de la perfecta hermandad de los pueblos del occidente atlántico moderno, o su pertenencia a un tronco pretendido común formado por los celtas de la Antigüedad. Simon James afirma a este respecto que «los celtas modernos son de hecho una agrupación construida y legitimada no en el pasado antiguo, sino en los inicios de la Europa moderna», y que la idea de determinados intelectuales de definir a sus pueblos como celtas, con unos profundos ancestros indígenas, constituyó una necesidad imperiosa desde el siglo XVIII para buscar diferenciarse de otros pueblos vecinos». JAMES, S.: *The Atlantic celts: ancient people or modern invention?*, Londres, British Museum Press, 1999, pp. 136-137.

¹¹ Publicado en 1839, se trataba de una colecta de cantos populares de Bretaña muy bien acogida entre la Francia *savante* de la época. No obstante, La Villemarqué sería víctima de la celtofilia que su propia obra generó, y cuando diversos investigadores emprendieron colectas parecidas constataron que muchos textos del

tos: «animar a los compatriotas en la guerra con sus proféticos cantos», erigirse en «jueces de costumbres e historiadores», celebrar «las nobles acciones de unos y condenar las acciones culpables de otros», «expandir y conservar el conocimiento», extender «el amor por la virtud y la prudencia», etc.¹² Elevados fines que hacen comprensibles los pomposos versos de bienvenida que Prosper Proux lanzó a la pequeña delegación de eruditos galeses desembarcados en Saint-Brieuc con motivo del Congreso Céltico de 1867:

«Sed bienvenidos, bardos de la Gran Bretaña, que habéis atravesado la mar para estrechar la mano de vuestros hermanos de *Armor*. Afinad las cuerdas de vuestras arpas y cantadnos las bellas poesías compuestas en el tiempo pasado. Decidnos cómo en las viejas edades llegó nuestra separación. Cantadnos a los druidas, armados con la serpiente de oro, con su barba venerable y su túnica blanca instruyendo al pueblo desde el alto dolmen. Cantad al pueblo lleno de energía, a los hombres fuertes que amontonaron enormes rocas para dar sepultura a sus jefes. Que se levanten los dólmenes y menhires [...] y que sigan diciendo: Bretaña no perecerá. Cantad de nuevo [...] a la batalla sangrienta y a la guerra, al rey ferviente, al rey leal Arturo con su gran espada de acero. Cuando subido sobre su corcel gris, se precipitaba con furia sobre el más fuerte de los enemigos y lo aplastaba como a una hormiga. Cantad a Rival el brujo, bardo satírico que montaba una escoba para volar al *Sabbat*. Y a la masa de demonios que lo rodean, aullando a través de los campos, y a los enanos negros de la colina, arrastrados en sus alocadas rondas. Y a los delfines ruidosos y a los caballos marinos que relinchan en la cima de las espumosas olas cuando la tempestad ruge y el trueno retumba»¹³.

Ciertamente, los lazos célticos de bretones, galeses e irlandeses subrayados hasta la saciedad por los bretonistas eran de naturaleza

Barzaz estaban trucados, y habían sido adaptados. DERVENN, C.: *Hommes et cités de Bretagne*, París, Albin Michel, 1965, p. 284. Y, en efecto, desde 1867 las dudas sobre la autenticidad de la colecta de La Villemarqué se acentúan, hasta que el autor admite que, sin haber cometido fraude, se dejó ir por algunas extrapolaciones imprudentes en su juventud. En 1974, Donatien Laurent sentenció que La Villemarqué «se dejó llevar con demasiada frecuencia por los espejismos de una imaginación fértil, más presto a reparar los pretendidos olvidos de la tradición poética que a aceptarla tal y como era». LAURENT, D.: *Aux sources du Barzaz Breiz: la mémoire d'un peuple*, Douarnenez, Ar Men, 1989, p. 313.

¹² VILLEMARQUÉ, Th.: *Chants populaires de Bretagne*, París, Frank, 1946, p. 34.

¹³ PROUX, P.: «Aux bardes de la Cambrie», *Revue de Bretagne et de Vendée*, enero de 1868, pp. 51-54.

pagana. El hecho, que podría llegar a convertirse en una embarazosa contradicción ideológica para quienes al mismo tiempo hacían gala de un discurso católico rayano en el integrismo, se resolvió con una rápida pirueta conceptual. Todo consistió en ligar, de manera ciertamente forzada, la venerada tradición celta y precristiana con la herencia católica que también es común en bretones, galeses e irlandeses. Prosigue Proux de este modo:

«Cantad al país de la verde Irlanda, al país de los mártires y de los grandes santos [...] santos llenos de fe y de caridad, que llegaron a Bretaña para predicarnos el evangelio, que levantaron en la cima de los menhires la cruz luminosa, que nos enseñaron a adorar al niño nacido en un establo, a nosotros, hombres indómitos cuyas cabezas nunca se habían humillado ante nadie»¹⁴.

De sangre pagana y de corazón cristiano, los celtas «están dispersos, pero a la luz de la tradición común, [...] se reconocen, se reúnen a la primera llamada», según se proclamaba en la apertura del Congreso de 1867¹⁵.

El celtismo es también la plataforma para la presentación de Bretaña como isla étnico-cultural en medio del continente. La historia de un pueblo, confesaba el historiador Aurélien de Courson (1808-1889), «está casi toda entera en sus orígenes»¹⁶, justificando la consagración de sus esfuerzos a buscar contrastes entre la Bretaña medieval y el mundo carolingio. Así, la feudalidad bretona, nacida de la sociedad céltica, empezó a ser presentada como una extensión del clan familiar, y de ahí la distancia de ésta con respecto a la opresiva feudalidad franca, fuente elemental de desigualdades. De este modo, Courson resaltaba la armonía social reinante en el idílico universo celto-bretón, donde nobleza y pueblo habrían sido solidarios, y la ponía en contraste con la brutalidad que irradió la sociedad exterior a Bretaña, la cual, desde el tiempo de los francos medievales hasta la reciente Revolución de 1789, sólo había sabido aportar vio-

¹⁴ *Ibid.*, p. 54.

¹⁵ Discurso pronunciado por M. Demanche el 15 de octubre de 1867, citado en *Congrès Celtique International de 1867. Séances et mémoires*, Saint Brieu, Guyon, 1868, p. 2.

¹⁶ Aurélien de Courson en *Prolegomènes au Cartulaire de Redon*, citado en GUIOMAR, J. Y.: *Le bretonisme...*, *op. cit.*, p. 111.

lencia y terror opresivo. Iniquidades éstas que, pese a la virulencia con que se habían presentado Bretaña a lo largo de los siglos, no habían podido borrar por completo las esencias célticas originarias.

Esa hermandad natural sobre la que los bretonistas insisten quedaba robustecida por un pretendido paralelismo vital de todos estos pueblos, que les llevó a definirse como naciones de naturaleza defensiva frente a las opresiones foráneas. Según el maestro de la historiografía proto-nacionalista bretona, Arthur de la La Borderie (1827-1901), «hay muchas pruebas del carácter dominante de la raza bretona en Inglaterra: resiste a los anglosajones que le invaden; y antes, en medio de la estrepitosa caída del Imperio romano, el pueblo bretón es el único que aguanta de pie»¹⁷. El hecho que hacía, pues, al pueblo galés acreedor de gloria es el haber portado consigo a través de los siglos, «vencidos pero nunca subyugados [...] la convicción imperturbable de una eternidad misteriosa»¹⁸. El enaltecimiento de episodios invariablemente dramáticos pone de relieve hasta qué punto la temática de la derrota era valiosa para el bretonismo. La Borderie se explaya detallando cómo a mediados del siglo V d.C., cuando los sajones los acorralaban en el país de Gales, los bretones, en «una reacción singular aunque muy normal en las razas célticas», se levantaron merced a una inexplicable energía: «la vieja sangre bretona bulló [...] y en lugar de humillar la cabeza pasivamente bajo el yugo sajón, aquel pueblo asaltado por tantas tormentas, presa de tantos infortunios extremos, cogió otra vez con mano vigorosa la espada y el escudo»¹⁹. La presentación de la historia como una tormentosa travesía repleta de agravios provenientes de comunidades vecinas buscaba crear una argamasa identitaria, una comunidad de destino. Transportado a la Edad Media, La Villemarqué declamaba así la masacre sufrida por los bardos cambrianos:

«Sajones, que vuestra espada se levante [...] En nuestra sangre podéis satisfacer vuestros odios, el bardo no sabría respirar con las cadenas

¹⁷ LA BORDERIE, A.: «Du caractère des celtes», en *Congrès Celtique...*, op. cit., pp. 82-86.

¹⁸ LA BORDERIE, A.: «Introduction», en THIERRY, A.: *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands*, París, Grégoir-Wouters, 1839, p. 73.

¹⁹ LA BORDERIE, A.: *Les Bretons insulaires et les Anglo-Saxons du V^e au VII^e siècle*, París, Didier, 1873, p. 21.

puestas [...] Puesto que nuestra sangre baña nuestros montes, el bardo debe morir»²⁰.

Si se trataba de subrayar los lazos intercélticos, el discurso bretonista operaba mediante un doble juego de equivalencias: sincrónicas, que pretendían que las vidas de bretones, galeses o irlandeses habían discurrido siempre parejas; y diacrónicas, que existirían dentro de la historia propia de cada uno de esos pueblos. Si en Bretaña la *chouanneire* contrarrevolucionaria habría sido la reedición de las guerras altomedievales que enfrentaron a bretones y francos²¹, la represión sufrida por los irlandeses del presente no era más que la reiteración de los vejámenes a los que fueron sometidos sus abuelos celtas del pasado. Tales traslaciones mecánicas desde Bretaña hasta Irlanda o Gales, o a la inversa, están, por ejemplo, presentes en los juicios de Aurélien de Courson sobre el liderazgo de Daniel O'Connell (1775-1847) en las revueltas católicas irlandesas de su época contra las autoridades británicas. En un prolijo artículo describía a una potencia opresora y jactanciosa (llámense Francia o Inglaterra) que amenazaba a un pequeño pueblo rural, puro y piadoso (Bretaña o Irlanda):

«Dentro de un país del que se dice que es el más libre y civilizado del mundo, hay una tribu de pobres, raza de héroes y mártires que Dios parece haber conservado en una reserva, en medio de las olas marinas, como para mostrarle a este siglo —que ya sólo adora el éxito material— cuán extraordinarias ayudas puede llegar a dispensar la religión a las naciones oprimidas».

El pueblo irlandés, «el de los católicos de la isla de los santos, el de los hijos de Erin», ofrecía al mundo «un espectáculo inaudito». Cuando Europa, «entregada a sofistas y demagogos», veía cómo sus pueblos se fracturaban al hundirse la fe religiosa, y cuando la misma idea de la unidad nacional se estaba viendo puesta en entre-

²⁰ VILLEMARQUÉ, Th.: «Chant des bardes massacrés par Edouard I», en *Congrès Celtique...*, *op. cit.*, pp. 64-65.

²¹ La resistencia bretona ante los poderosos carolingios tiene su más apasionada narración en las crónicas de La Borderie. LA BORDERIE, A.: «Histoire de Nominœ», *Bulletin Archéologique de l'Association Bretonne*, vol. 2, Rennes, 1850, pp. 31-50.

dicho en todas partes, sólo Irlanda, por su cohesión e indocilidad, ofrecía un modelo laudable de conducta. La isla «a la que ni seis siglos de esclavitud y de miseria han conseguido degradar [...] sobre la que el Salvador apoya su cruz con firmeza, [...] parece formar un sólo clan [...] bajo la autoridad de un jefe elegido por sus hijos». Hasta este punto, las apreciaciones y juicios de los regionalistas sobre Bretaña e Irlanda no diferían sustancialmente. Pero a la preconización de la comunidad orgánica aferrada a una fe nacional se añadía un elemento nuevo que tocaba exclusivamente a la isla verde: el elogio de un caudillo providencial capaz de levantar en armas a la nación humillada, O'Connell, «católico que se prepara para el combate mediante el ayuno y la oración».

Mediante el juego comparativo entre Bretaña y la valiente Irlanda, Courson aprovechaba para clamar contra sus compatriotas, «hijos degenerados de la vieja Galia católica» mucho más morosos o negligentes. Obviamente, el historiador no llegaba a abogar con claridad por que Bretaña siguiese la estela insurreccional de O'Connell, ni defendía la fundación de algún movimiento secesionista bretón, sino que su estrategia —como la de todos los bretonistas— consistía en aplaudir sublevaciones extranjeras y no alentarlas claramente en tierra propia. El reconocimiento implícito de la inmadurez bretona para emprender insurrección alguna o simplemente la intención de reafirmar la propia causa mediante el hábil procedimiento —más seguro y cauteloso— de la exaltación de una causa extranjera homologable explican tal proceder en los eruditos armoricanos del siglo XIX. Pero con la ulterior politización del movimiento se intentaría pasar de la metáfora a la realidad.

De la melancolía a la acción

Las dos derivaciones políticas del regionalismo intelectual bretonista fueron la *Union Regionaliste Bretonne*, nacida en 1898 y patronada por Régis de l'Estourbeillon y el primer *Parti National Breton* (1911-1914) liderado por Camille le Mercier. Aunque distintas en sus lenguajes, ambas organizaciones recogieron el testigo del panceltismo generado por la erudición decimonónica. Si bien las pretensiones políticas de estas organizaciones no iban más allá de una reestructuración del mapa político del Estado francés y el rein-

tegro a Bretaña de la autonomía arrasada un siglo atrás (más radical en este terreno fue el grupuscular PNB) las concepciones de la patria en que aquéllas se apoyaban eran bastante más osadas. La idea clave que coronaba la letanía de ambos partidos era un concepto de nación bretona ontológica e inmanente. Influidos por Maurras y Barrès, estos autoproclamados patriotas bretones colocaban los pilares conceptuales de los que se serviría el ulterior *Emsav* de entreguerras. El poso de celtismo historicista y teleológico de un La Borderie afloraba cuando los militantes de la URB recuperaban la memoria mítica de figuras del pasado: «Los grandes hombres que el pueblo bretón ya se había encargado de canonizar antes de que Roma emitiese su juicio fueron nuestros primeros pastores, venidos de la Isla de Britania»²². En el cruce de los dos siglos se fraguaban intelectualmente las concepciones raciales como fundamentos explicativos del mundo, y el panceltismo presenta ya síntomas de radicalización. Así, haciendo suyas las afirmaciones de uno de los personajes de la novela *Endimión*, de Bejanmin Disraeli²³, Lionel Radiguet recordaba en *Ar Bobl*, el hebdomadario de la URB, que «el siglo XX no acabará sin demostrar que hay tres grandes razas que influyen al mundo, la de los teutones, la de los eslavos y la de los celtas»²⁴. El panceltismo aún reserva «alguna violenta explosión, que al menos a nosotros no nos cogerá por sorpresa». Y con ínfulas proféticas concluía:

«el pangermanismo cuenta con el panceltismo como uno de los grandes factores del mañana. Llegará un día en que los entre veinticinco y treinta millones de celtas [...] se unan para imponer su supremacía racial a las razas degeneradas. Hay una mecánica étnica, como hay una mecánica celeste, en virtud de la cual el panceltismo reabsorberá a los elementos híbridos que se le han ido superponiendo y atacando su vitalidad orgánica»²⁵.

Los presupuestos raciales iban dando pie a juicios tendentes a la desmesura. La existencia de una raza celta estaba fuera de toda duda, mas su existencia no se fundamentaba en la posesión de rasgos físicos visibles, sino en la presencia de un alma común. *Ar Bobl*

²² C'HERVNEVAD, A.: «Gildas, dit le sage», *Ar Bobl*, 20 (4 de febrero de 1905).

²³ DISRAELI, B.: *Endymion* (1880), Charleston, Bibliobazaar, 2008, p. 284.

²⁴ RADIGUET, L.: «Editorial», *Ar Bobl*, 41 (1 de julio de 1905).

²⁵ *Ibid.*

afirmaba sarcásticamente que «según nuestros sabios todos los hombres son iguales, no hay razas superiores». Pero esos sabios, «si no hubieran estudiado ojos, sino miradas» habrían llegado a otras conclusiones. Pues la verdad no es racional ni física, sino espiritual: «lo único verdadero es una agrupación de hombres que poseen una herencia mística en la cual se halla lo mejor de ellos mismos. Lo verdadero es que existe un alma céltica»²⁶.

La bretonidad era un elemento instintivo que religaba a los muertos con los vivos. El paroxismo de esta concepción mística y cementerial de la patria era alcanzado por el escritor François Jaffrenou, cuando especulaba:

«En medio de los sepulcros, la raza y el individuo entablan su pacto, que surge del suelo húmedo, como la flor acompaña a los ataúdes. Una nación es la posesión en común de un antiguo cementerio [...]. El alma clarividente fraterniza con la tumba. Somos los efectos de una causa soterrada, somos la conclusión de lo que yace bajo una lápida. El polvo pisado por nuestros pies elabora nuestra energía y nos resucita. Nuestro vigor prolonga el de nuestros ancestros. Somos el sueño de humanidades dormidas. Somos fantasmas. Los fantasmas nos gobiernan. Gobiernan la familia, la patria, se la disputan. Nuestra guerra civil es el fruto de sus divergencias. La batalla contemporánea es el choque de los muertos que siguen peleándose»²⁷.

El musicólogo militante Maurice Duhamel, quien andando el tiempo fundaría el futuro *Parti Autonomiste Breton* y devendría figura clave del segundo *Emsav*, no se quedaba por detrás de Jaffrenou:

«Nuestra vida, palabras, pensamientos, gestos, son engendrados por los de nuestros ancestros [...] Hombres de los que ya sólo queda un pequeño montón de cenizas bajo un dolmen desconocido, continúan hablando por nuestra boca [...] Nuestra vida individual es sólo una ilusión, puesto que el individuo sólo es encarnación pasajera de esta única realidad viva que es la raza»²⁸.

²⁶ GOBLET, I. M.: «Notre race», *Ar Bobl*, 42-43 (8 al 15 de julio de 1905).

²⁷ JAFFRENOU, F.: «Le combat des morts», *Ar Bobl*, 60 (11 de noviembre de 1905).

²⁸ DUHAMEL, M.: «La musique celtique, expression d'une race», conferencia en el primer congreso de la FRB en Douarnenez, 3 de agosto de 1912. Publicado en *L'heure Bretonne*, 40 (12 de diciembre de 1941).

Este triple proceso (radicalización discursiva, inclinación hacia derivaciones políticas y no meramente culturales del estudio de lo bretón, y acentuación del componente pancéltico) tuvo como consecuencia añadida la gestación del divorcio entre la Iglesia católica regional, antes campeona del bretonismo, y el *Emsav*. Aunque sin despegarse de él totalmente, las sacristías se distanciaban de los cada vez más desinhibidos celtómanos (salvo algún sector muy politizado, como el que encabezó el sacerdote Jean-Marie Perrot). Baste como prueba de la desavenencia la carta que el director del seminario de Saint-Brieuc manda al nacionalista Olier Mordrel (1901-1985):

«Nosotros no somos separatistas ni pedimos la autonomía política para Bretaña. La política del separatismo es quimérica, impudente, peli-grosa e inútil. [...] Además, esa política es una etapa en la vía del panceltismo, restauración la unidad céltica en la neutralidad o incluso en el paganismo [...] Tenemos nuestro artículo VIII, que nos prohíbe el interconfesionalismo»²⁹.

Estela irlandesa, ejemplo prusiano

El salto definitivo hacia la radicalización discursiva y programática la efectúa la generación del segundo *Emsav* de entreguerras³⁰. En lo que respecta al panceltismo, y aparte del ya referido giro hacia el nacionalismo desde el regionalismo, o el paso a un activismo político abierto, los nuevos nacionalistas secularizan su movimiento y se convierten en poco menos que devotos de un neopaganismo de corte racista, y además acaban integrando el fervor por lo celta en un movimiento coetáneo de aún mayor amplitud, el nordismo o pangermanismo que se desarrollaba más allá del Rin. Además, el proceso de secesión irlandesa ejercerá de acicate o paradigma, y conseguirá que se transite de un celtismo nostálgico y melancólico a otro tan esperanzado como ilusorio y quimérico³¹.

²⁹ MORDREL, O.: «*Breiz Atao et Bleun Brug*», *Breiz Atao*, 93-94 (septiembre-octubre de 1926).

³⁰ Las organizaciones políticas que se suceden en el segundo *Emsav* constituyen una nebulosa en cuyo centro se situó siempre un partido de nombres cambiantes: la *Union de la Jeunesse de Bretagne* (1919-1927), el *Parti Autonomiste Breton* (1927-1931) y el *Parti National Breton* (1931-1944). En su órbita se movieron otros grupúsculos políticos o paramilitares.

³¹ Sea como fuere, si bien la exitosa linterna irlandesa o en general céltica es la

Rememorando su despertar político, Fransez Debauvais (1902-1944) daba cuenta así de la fuerte impronta que el celtismo en su ideología:

«Tenía trece años. Vivía en Rennes. Bretón de instinto, había aprendido, fuera de la escuela primaria y laica, que los bretones tenían hermanos de raza [...] en Gales, Escocia, Irlanda. [...] Irlanda era ya a mis ojos de niño un modelo de resistencia a la dominación extranjera. Como si yo fuera un irlandés de pura cepa, había sentido aquella verdad política de la fórmula *England's difficulty is Ireland's opportunity*»³².

Llegó la guerra, y el joven Debauvais experimentó por primera vez «sentimientos de bretón separatista» cuando conoció el hecho revelador:

«Esperaba de Irlanda el gesto que mi país no podía hacer. Sabía que Irlanda no iba a desaprovechar su ocasión. Un día leí que un barco alemán cargado de armas había sido detectado por los ingleses. Era tres días antes de Pascua. Entonces ya estaba seguro, Irlanda iba a sublevarse. Y el martes de Pascua los periódicos contaron al mundo que una revolución había arrancado en Dublín. Yo hubiera querido proclamar a gritos mi fraternidad con los irlandeses y partir a su lado»³³.

El relato de episodios adolescentes más o menos ingenuos reúne, bajo su apariencia inocua, una buena parte de los ingredientes que conformaron en los años de entreguerras el ideario *emsaverien*: un nacionalismo que rondaba el misticismo (no en vano su asunción es asimilada a un despertar o iluminación) y que desde 1916 contaba con un espejo en el que mirarse constantemente: Irlanda. El ejem-

que deslumbra a los *emsaverien* de entreguerras, no se puede soslayar que para éstos la «cuestión bretona» desborda los límites de los países de cultura celta y entronca con la más amplia problemática de las naciones sin Estado en toda Europa. De ahí, por ejemplo, la solidaridad o incluso cooperación manifiesta del segundo *Emsav* con movimientos autonomistas, principalmente el alsaciano. Véase el testimonio de uno de los protagonistas políticos de aquella colaboración, sobre todo a raíz de la revista *Peuples et frontières*: FOUÉRÉ, Y.: *La Bretagne écartelée*, París, Nouvelles éditions latines, 1962, p. 190; e íd.: *La patrie interdite: histoire d'un breton*, París, France-Empire, 1987, p. 125.

³² YUENOU, A.: *Fransez Debauvais de Breiz Atao et les siens. Mémoire du chef breton*, t. I, París, Youenou, 1974, p. 45.

³³ *Ibid.*

plo irlandés, repetiría luego el semanario *Breiz Atao* hasta la saciedad, «ha de convencer a los bretones que para los celtas no hay nada imposible»³⁴. El panceltismo cobra, así, un renovado impulso. Los *emsaverien* reconocían que esa hermandad se hallaba casi diluida por el paso de los siglos y por la acción de los grandes Estados, pero defendían también que los lazos enterrados entre los miembros de la gran familia céltica seguían siendo ciertos. A juicio de sus voluntariosos apóstoles, bastaba el menor agravio contra un pueblo céltico, o el menor gesto de emancipación de alguno de ellos, para que las telúricas conexiones intercélticas se removiesen. El segundo *Emsav* llevó a sus últimas consecuencias políticas aquel celtismo que los primeros regionalistas del siglo XIX mantuvieron dentro de las fronteras del folclore, si bien es cierto que los ecos de sus románticos predecesores resonaban aún:

«En la punta más extrema de Europa, nuestra patria ofrece su gris y pálida belleza [...] Sobre este jirón de roca, nuestro pequeño pueblo ha acumulado durante siglos las obras de su sensibilidad profunda de vieja raza. Durante más de un milenio los hombres de Bretaña han vivido su sueño en este país [...] desde los valles del Boël hasta los espolones gigantes de Raz, la tierra abunda en lo imprevisible, contrastes brutales, marismas, montañas. Dos mares, uno verde, otro azul, encierran al país con su rugiente tenaza»³⁵.

El panceltismo era presentado además como una herramienta liberadora. Según Olier Mordrel la religión política celta era la verdadera tabla de salvación para Bretaña. Amparándose en esa hermandad internacional que el mundo saludaba «sin palabras de condescendencia», los bretones encontrarían «la seguridad en sí mismos de que carecen», y se desharían del complejo que siglos de dominación francesa había acarreado. Los bretones ignoraban «qué se les ha aportado desde fuera», de modo que el contacto con los celtas insulares sería un medio adecuado para «eliminar de su espíritu, [...] y costumbres, las escorias latinas que rompen la armonía de su cultura y que aminoran su fuerza»³⁶. El celtismo, pues, como inyección de autoestima.

³⁴ «Le congrès irlandais», *Breiz Atao*, 34 (15 de enero de 1922).

³⁵ MARCHAL, M.: «La beauté bretonne», *Breiz Atao*, 67 (julio de 1924).

³⁶ MORDREL, M.: «Les avantages du panceltisme», *Breiz Atao*, 52-53 (abril-mayo de 1923).

Celtismo como inyección de seguridad, también. Optimismo voluntarista que permitía anticipar el triunfo bretón en virtud de los triunfos cosechados por los hermanos insulares. Los «neobárbaros», constata Mordrel en 1924, «se ignoran, pero ya no se desprecian. En el siglo XI, Abelardo se guarda de hablar celta. En el XVIII, O'Connell lo conoce de nacimiento, pero no se plantea el hablarlo. En el XIX, Renan gusta calificarse de celta y cita palabras bretonas. En el XX, Eamon de Valera responde en gaélico a las cartas de Lloyd George»³⁷.

Instalado en esta lógica, la principal expresión editorial del movimiento político nacionalista, *Breiz Atao* (1918-1939), tenía que presentar el menor atisbo reivindicativo, la mínima señal de revuelta, como la antesala de la definitiva victoria celta. De ahí el aplauso al menor movimiento del nacionalismo escocés: «Ahora que ya saben lo que quieren, un pequeño esfuerzo conjunto más y el Imperio Británico será otra vez sacudido violentamente»³⁸. De ahí el aplauso a los desplantes de los galeses: «Felicitamos a Saunders Lewis por declarar que los galeses no seguirán siendo unos socios pasivos de la estúpida Inglaterra [...] y están dispuestos a luchar por su liberación»³⁹. De ahí las condolencias ante las adversidades del Ulster: «y ahora con Belfast fuera de Irlanda, Inglaterra ha hecho lo que ha querido, dejar sobre la tierra irlandesa un puesto de vigilancia, un desembarcadero para sus tanques, una plaga al lado de la nación gaélica»⁴⁰. También los regionalistas bretones organizados en torno a Yann Fouéré y el diario *La Bretagne* seguirían luego con atención las venturas y desventuras de la familia celta, desde el referente galés, «ejemplo magnífico de fidelidad cultural a pesar de la unión política con Londres»⁴¹, hasta Irlanda, paradigma del fibroso irredentismo en el que Bretaña podía mirarse: «En el Ulster una minoría de ingleses instalados en Irlanda rechaza

³⁷ MORDREL, O., y MARCHAL, M.: «De l'autonomie», *Breiz Atao*, 69 (septiembre de 1924).

³⁸ MEAVENN, F.: «Bravo les écossais», *Breiz Atao*, 153 (18 de septiembre de 1932).

³⁹ LE ROUX, L.: «Bravo les gallois», *Breiz Atao*, 153 (18 de septiembre de 1932).

⁴⁰ «Le traité anglo-irlandais», *Breiz Atao*, 58-59-60 (octubre, noviembre y diciembre de 1923).

⁴¹ LE BRY, H.: «La leçon des pays celtiques», *La Bretagne*, 853 (23 de diciembre de 1943).

la unidad irlandesa arguyendo que la tierra a la que llegaron como extranjeros tiene que ser inglesa por fuerza»⁴².

Si bien el referido celtismo impregnaba de manera más o menos homogénea los discursos de todos los ideólogos *emsaverien*, se puede afirmar que en concreto fue uno de ellos, Morvan Marchal (1900-1963), quien expresó la cuestión pancéltica hasta sus últimas consecuencias, haciéndola entroncar con el nordismo. En un artículo titulado «Cuando Roma pasó»⁴³, el ardoroso militante plasmaba en qué consistía el hermanamiento entre panceltismo y el pangermanismo. La ola meridional o latina, argumenta Marchal, «golpeó dos veces a Europa», la primera con el Imperio romano, por la vía de la conquista militar, cuando los galos «empezaron a afeitarse la cabeza y a hablar latín». Pero el edificio romano, «podrido hasta la médula», fue arrasado por los «pueblos libres del norte», que consiguieron recuperarse. Celtas, germanos, flamencos y sajones «demolieron la herencia que era de una raza distinta, adaptaron el espíritu nórdico». Eso fue la Edad Media, glorioso periodo de libertad para estos pueblos, a juicio del autor. La segunda oleada latina anegó Europa cuando «una armada de arqueólogos y de artistas, imbuidos de un pasado muerto» demolió «la obra de seiscientos años de trabajo nórdico», pusieron punto y final a un «progreso continuo de seis siglos». Era el Renacimiento, la reacción intelectual «más tremendamente inútil que había conocido el mundo».

Mas la tentativa de implantar el latinismo entre los bárbaros se reveló como un fracaso, pues la esencia de aquéllos no podía ser ganada por el pensamiento mediterráneo. Así, tras «tres siglos de adormecimiento intelectual», el siglo XIX acarreó una nueva reacción del norte, y «los septentrionales se sacudieron el pesado yugo del espíritu romano». Chateaubriand y los románticos asestaron un golpe a una literatura clásica francesa que había quedado desprovista de virilidad. El romanticismo trajo «el despertar de todas las literaturas escandinavas, alemanas y rusas, el esfuerzo lento y poderoso de las artes nórdicas». Era, en definitiva, la exaltación del instinto frente a la razón, la revancha de lo irracional y la contestación del cientismo sobre el que habían reposado las convicciones de la

⁴² LE REVELER, F.: «La question de l'Ulster», *La Bretagne*, 868 (14 de enero de 1944).

⁴³ MARCHAL, M.: «Quand Rome passa», *Breiz Atao*, 61-62 (enero-febrero de 1924).

elite intelectual hasta entonces, una crisis necesaria y salutífera para los paladines del nordismo en toda Europa⁴⁴.

Para Marchal, el movimiento de regresión del latinismo estaba continuando en el momento presente, una Roma metafórica y metonímica seguía perdiendo terreno en el siglo XX. En una inquietante imagen plena de connotaciones, Marchal declaraba que «la llama latina [...] titubea y hace nacer la antorcha revivificada de los nórdicos». Y a los celtas les esperaba lugar entre «los portadores del fuego nuevo». Porque ellos fueron «los primeros entre todos los bárbaros en oponerse a Roma», porque su historia fue «copiada, interpretada, traducida, durante toda la primera mitad de la Edad Media», porque sus fórmulas de arte decorativo contribuyeron a crear el arte románico. Y habida cuenta de que «sobre las ruinas de Roma se construye la ciudad del espíritu septentrional», corresponde a los bretones del presente sacudirse del letargo y tomar responsabilidades:

«El deber de los bretones orgullosos de su pasado celta es deshacerse del cadáver y de participar en la formidable partida que están jugando Viena, Gante, Helsingborg, Dublín, contra Roma [...] Dejemos a otros que se agarren al carro latino para que caigan irremediablemente [...] Que ningún achaque de sentimentalismo nos haga lamentar el desmoronamiento del coloso artificial que el Renacimiento había levantado sobre el mundo [...] Seamos modernos, seamos antilatinos».

Este renovado panceltismo es a su vez sólo una parte de todo un cuerpo ideológico dotado de coherencia interna tanto en lo sincrónico como en lo diacrónico. Pues los nacionalistas perfeccionaron la obra de los bretonistas decimonónicos, delimitando las impermeables fronteras que separan el espíritu francés del nórdico: «si el valor del espíritu francés reside en su propensión a la síntesis, en su sentido crítico y en el sentido de la medida [...] entre los celtas la lógica nunca se podría separar completamente del sentimiento, y el fuerte del bretón no es el razonamiento: es un apasionado que sigue al sentimiento»⁴⁵. Son también como los alemanes, «que gustan más de la experimentación que de la pura teoría». En

⁴⁴ MILZA, P., y BENTELI, M.: *Le fascisme au XX^e siècle*, París, Ridelieu, 1973, p. 9.

⁴⁵ MORDREL, M.: «Les dangers de l'esprit français», *Breizh Atao*, 138 (7 de febrero de 1931).

suma, al presentar la tradición latina como elemento alógeno, confesando cómo su «corazón se conmueve ante las iniciativas surgidas de las brumas escandinavas»⁴⁶, al denigrar el Renacimiento clásico, al proyectar una visión sesgada y politizada de la obra artística de los Ibsen, Schiller o Wagner, y al hacer votos por la regeneración de los «pueblos rudos y sólidos»⁴⁷, los *emsaverien* de entreguerras apuntalaban el edificio no ya pancéltico, sino nordista de su pensamiento. La fusión estaba culminada: «Cultivemos en nosotros el espíritu heroico del celtismo, miremos por la mañana hacia Irlanda. Cultivemos las virtudes germánicas de continuidad y disciplina: miremos por la tarde hacia Prusia»⁴⁸, escribía Céléstin Lainé, caudillo de la banda armada *Gwenn-ha-du* o de la agrupación juvenil *Sparfellled Breiz*, creada, según palabras de su promotor, a imagen «de los *Fiann Eireann*, los scouts nacionalistas irlandeses», y dirigida a la juventud bretona para hacer de ella «una juventud sana, con ejercicios físicos, enérgica y disciplinada, [...] un grupo de tipos con agallas, bretones hasta la médula»⁴⁹.

El panceltismo se complementó con el nordismo, y por ende con el racismo. Según Mordrel, el gobierno de una Bretaña dueña de sus destinos no sólo tendría que «neutralizar a los alcohólicos y degenerados», sino que además fomentaría «la extensión del tipo nórdico [...] símbolo del celtismo», con medidas como promover que «las parejas tomasen partido para tener niños de tipo nórdico bretón»⁵⁰. El sueño de pureza ya estaba diseñado en la década de 1920:

«No podemos impedir la emigración francesa. Alimentada por los funcionarios, la sufriremos mientras estemos en territorio francés. No podremos tampoco ni soñar con expulsar a nuestros inmigrados, porque no podemos, y además porque en la mayoría de los casos sería inhumano. Pero

⁴⁶ MARCHAL, M.: «Un œuvre du nord», *Breiz Atao*, 147 (diciembre de 1931).

⁴⁷ Son numerosas las ocasiones en que los *emsaverien* celebran los éxitos de los nacionalistas de países nórdicos, y no sólo celtas, interpretándolos como manifestaciones de ese inminente renacimiento bárbaro: «Islandia, que como Irlanda fue una de las cunas medievales de nuestra civilización de Occidente, fue también uno de los ejes del imperio de vikingo [...] y mucho tiempo despreciada, la isla de Ingolf va a encontrar su lugar en el mundo». GOBLET, Y.: «Le domaine d'Islande et l'Empire modernes des Vikings», *Breiz Atao*, 112 (3 de agosto de 1930).

⁴⁸ LAINÉ, C.: «Nos deux bases, l'Irlande et la Prusse», *Stur*, 9 (abril de 1937).

⁴⁹ MEAVENN, F.: *Breiz Atao*, número especial del 28 de agosto de 1932 sobre los atentados de *Gwenn ha du*.

⁵⁰ «Racisme breton», *Stur*, 10 (julio de 1937).

nos queda un medio para reestablecer en casa la pureza de sangre y la homogeneidad. Sustituycamos a la familia franco-bretona por la familia celtobretona. Entremos en nuestras casas jóvenes irlandesas o galesas, en lugar de parisinas o bordelesas [...] Asociemos a nuestras luchas [...] a jóvenes de Gran Bretaña y casémoslos con nuestras hermanas, pues muchas se quedaron condenadas a la soltería por la guerra. La idea de estas uniones es justa, y nada nueva. Los bretones que han desposado mujeres en Gales, Escocia o Irlanda son muchos en el último medio siglo»⁵¹.

Con la Segunda Guerra Mundial acercándose, los dos estrechos caminos de pervivencia que le quedaban a un *Emsav* minoritario y desatendido por la propia población de Bretaña eran o bien la prudencia y la despolitización, o la radicalización y la huida hacia delante. El grueso del movimiento bretón optó por este segundo camino. Argumentos ideológicos —la fascinación de pertenecer a una civilización superior—, teológicos —la impregnación de creciente antisemitismo y la disposición a tolerar cualquier obstáculo frente al comunismo—, históricos —el ejemplo irlandés— y psicológicos —la ambición de un eventual acceso al poder y a la gloria— pueden explicar esta toma de posición. Además, sobreestimando su capacidad para influir sobre la población y tratando de aprovechar el hundimiento de la República francesa, los *emsaverien* previeron obtener unos réditos políticos que jamás, como ellos mismos confesaban, hubieran podido conquistar con una acción política común y sin contar con el concurso de acontecimientos extraordinarios. En el contexto de una Francia arrodillada ante Hitler, un nacionalismo bretón tolerado por las autoridades ocupantes no pudo sino dar rienda suelta a las tendencias que ya antes de 1940 había mostrado bajo los crecientes recelos de la República francesa.

La pasta ideológica no varió, pero bajo la ocupación, la impunidad daba alas. De modo que el elemento pancéltico y nordista del discurso (bien como sincera expresión o bien como argumento que buscaba la benevolencia nazi) alcanza niveles paroxísticos, y discurre con desahogo en el discurso. Aunque entendidas prioritariamente como espacios para la difusión de la cultura bretona, las páginas de revistas como *Stur* (inspirada por Olier Mordrel), *Dibu-*

⁵¹ MORDREL, O.: «Pour sauver la race, remplaçons l'immigré français par l'immigré de Grande Bretagne», *Breiz Atao*, 58-59-60 (octubre-noviembre-diciembre de 1923).

namb (por Loeiz Herrieu) y *Nemeton* (por Morvan Marchal) fueron en muchos momentos plataformas para la propagación de un celtismo que no era sino nacionalsocialismo mal camuflado.

El editorial de *Stur*, en su primer número de mayo de 1942, avisaba a la población bretona de que «una victoria de las democracias judeo-anglo-sajonas nos devolvería en unas pocas semanas a la descomposición avanzada, a la demagogia universal, la mezcla de razas, la talmudización de la vida intelectual y el erotismo frenético del tipo negro-americano, sin hablar de un retorno al jacobinismo exacerbado». Igual ocurría en la ocultista *Nemeton*: «Ante nosotros Europa se rehace esta vez, no ya a las orillas del viejo Mediterráneo, sino alrededor de los pueblos del norte [...] Dos milenios de judaización se acaban»⁵². La armonía en las cosmovisiones del sector más radical del *Emsav* con los nazis está igualmente presente en *Dihunamb*. Su director, Loeiz Herrieu, advertía que «cada raza debe vacunarse contra todo mestizaje con otras razas, sobre todo si éstas son totalmente diferentes, o híbridas o manchadas. Cada raza debe hacer lo posible para ser perenne y garantizar su salud. Es por esta razón que nosotros no podemos más que desaconsejar a los bretones y a las bretonas que se casen con gentes que no son de su misma sangre»⁵³. El racismo manifiesto de esas publicaciones no era ajeno tampoco a *L'heure bretonne*, periódico del PNB durante la guerra. Raymond Delaporte indicaba que los bretones «no queremos convertirnos en una raza con ancestros inconfesables [...] La pertenencia a la raza bretona deberá ser objeto de un control riguroso y severo»⁵⁴.

Con respecto a etapas precedentes, el tono del discurso del *Emsav* dejaba traslucir además una suerte de alivio, dando a entender la existencia de una frontera entre un pasado de pleitesías indeseables, y un presente balsámico cuyas puertas se abrían hacia cambios anhelados. Así, la consigna nacionalista vehiculada a través del semanario *L'heure bretonne* preconizaba la preservación del país ante todo contagio: «los de la raza de Arturo queremos que nuestra raza se perpetúe sin que venga a mezclarse con ella una sangre

⁵² «Artonovios», *Nemeton*, 1 (2.º trimestre de 1942).

⁵³ «Er ouen», *Dihunamb*, diciembre de 1940, traducido del bretón por Cadiou, p. 138.

⁵⁴ DELAPORTE, R.: «Dans La Bretagne de demain la race bretonne doit être protégée de l'intérieur et de l'extérieur», *L'heure bretonne*, 51 (28 de junio de 1941).

cuya fuente esté en los desiertos de Arabia, en Palestina o en las orillas del Congo»⁵⁵. En la mente de los brumosos ideólogos del renacer céltico funcionan efectivamente los códigos binarios de un estribillo nostálgico y esperanzado, pero siempre reiterativo, dicotómico y maniqueo, en el cual lo mediterráneo, grecolatino o semítico se relacionan con corrupción, decrepitud, mestizaje, racionalismo, sequedad y vacío; mientras que lo céltico-nórdico es sinónimo de limpieza, de vida, de pureza, de intuición, de sentimiento y de plenitud. La Europa que se estaba forjando en 1942, afirmaba quizá con exceso de confianza Morvan Marchal en su esotérica y abstrusa revista *Nemeton*, «es una esperanza grandiosa que está construyendo la inteligente fuerza de los nórdicos germanos, y deberá ser una síntesis». Un compendio de lo germánico y lo celta. Las victorias bélicas alemanas son presentadas como un «hacha de luz» que tala aquellas «plantas exóticas» (las culturas grecolatinas) que devoraban el bosque nórdico⁵⁶. La propia revista se presenta ante su reducida pero motivada parroquia de lectores como «el grito contra una injusticia»⁵⁷, a saber, la cometida por las culturas mediterráneas al haber hurtado a los celtas el contacto con su filosofía ancestral para reemplazarla por conceptos foráneos.

Efectivamente, Marchal y sus correligionarios interpretan que antes de la instauración del Nuevo Orden Europeo patroneado por Alemania, dos enemigos del celtismo-nordismo venían asolando a Europa: el cristianismo, «fruto envejecido de la agonía del Imperio romano», y la «filosofía de los enciclopedistas, hija, aunque aparentemente enemiga, del cristianismo». Ambas, según Marchal, «soñaban con el ecumenismo, la homogeneización, la nivelación y el mestizaje, frente al yugo de la raza». El cristianismo, por su parte, es el fruto de «dos milenios de judaización» y fue «arrastrado hasta la Europa nórdica por toda una turba de inmigrantes». El cristianismo es visto como una esencia «radicalmente exterior a los hombres del norte europeo». Arrebatado por una suerte de neorromanticismo extremo, Marchal deplora igualmente el racionalismo ilustrado, recordando que si bien expuesto al «sol meridional, el hombre puede juzgar y conocer», el mundo avanza «hacia el oeste misterioso, [...] donde hemos reencontrado la imaginación y el co-

⁵⁵ *L'heure bretonne*, 51 (de junio de 1941).

⁵⁶ «Artonovios», *Nemeton*, 1 (2.º trimestre de 1942).

⁵⁷ «Artonovios», «Le sommeil de Balor», *Nemeton*, 2 (3.º trimestre de 1942).

razón». Se están «barriendo los academicismos obsoletos, los cartesianismos afectados y los áridos positivismos». Esa «nueva mística nórdica en la cual se inscribe el celtismo»⁵⁸ deberá mucho al pueblo alemán, porque es éste y su jefe el que la está reedificando. «El martillo de Thor, el martillo del Sukellos céltico, se ha levantado», declara Marchal. Ese renacimiento está representado por la que quizá es la más significativa figura mitológica celta:

«el gran Merlín se durmió hace mil años, en el valle sin retorno, en Brocéliande, y Viviana, la sierva céltica, cavó su tumba; pero el druida debe un día salir de la tierra [...] con su libro, que es la sabiduría, con la espada, que es la fuerza, y con el arpa, que es la belleza, para revivir con su nación y su raza»⁵⁹.

Las recetas para sustraerse a los deletéreos efectos de la contaminación cultural latino-racionalista sólo contienen un ingrediente, el regreso a las raíces. En *Kornog*, la efímera publicación puesta en marcha por el grupo de artistas *Ar Seiz Breur*, se postulaba que el creador había de empaparse de la eterna alma céltica. Dado que «hemos sido criados en ciudades construidas a la francesa y en nuestras escuelas nos enseñan a pensar, a sentir, a componer, como latinos», el arquitecto bretón, antes de trabajar como bretón, había de hacerse a sí mismo como bretón: «recorrerá el viejo país, el marco nacional que le faltó a sus ojos, estudiará los monumentos dejados por los antiguos maestros bretones, buscará, bajo los bordados desteñidos de los viejos paños [...] que alegraron los ojos de sus antepasados». Sólo tras haberse empapado así, podrá luego dejar «obras armoniosas bajo el cielo gris y frente a la mar verde»⁶⁰. Las recomendaciones para regresar a los orígenes y así descubrir afinidades inéditas o inesperadas también tocan a otras disciplinas. El lingüista Roparz Hemon (1900-1978), paladín de la colaboración intelectual con las autoridades alemanas durante la ocupación, remarcaba: «Jóvenes bretones se interesan por Alemania, aman Alemania, se inspiran en Alemania. Que estos jóvenes intelectuales, enviados por Francia a montar guardia en el Rhin, hayan podido ellos

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ «Artonovios», *Nemeton*, 1 (2.º trimestre de 1942).

⁶⁰ MARCHAL, M.: «Editorial», *Kornog*, 2-3 (1929), pp. 39-40.

mismos y sin que nadie se lo pida buscar estudios en Alemania»⁶¹ es un hecho irrefutable. Y la razón de ello es que su instinto céltico les genera desafección hacia quienes son sus teóricos hermanos de armas, los franceses. En música, la fórmula no varía, pues la decadencia de la música del presente se debería a «la ruptura de la tradición», que habría degenerado en una verdadera «carrera hacia el abismo». La solución para no morir, «una vuelta sobre nuestros pasos»⁶². Los ejemplos serían incontables, aunque el discurso permanezca invariablemente pegado a una serie fija de *leitmotiv* tan repetitivos como ilusorios y quiméricos.

En suma, las temáticas del nordismo, del celtismo o del esencialismo patriótico, según las cuales las raíces del pueblo bretón se alojaban en los recovecos de un inasible e imperecedero genio popular, constituyen el eje argumental de nacionalistas y regionalistas bretones después de la Primera Guerra Mundial. Como en un círculo vicioso mil veces transitado, esta versión radical del panceltismo se presentó, primero, con el discurso de la autoestima, imprescindible para un pueblo durante siglos avasallado por la prepotencia del Estado francés; segundo, con el discurso de la esperanza, ante un porvenir cercano en el que Alemania posibilitaría la resurrección de los pueblos del Atlántico norte; y, tercero, con el discurso de un neorromanticismo alucinatorio debidamente descontextualizado y arteramente adaptado a un pensamiento político nacional-populista, donde el lenguaje medievalizante y catequístico vehiculaba una doble obsesión: la de reconciliar a la sociedad con sus presuntas esencias de sustrato celta y la de despojarla de una cultura latino-mediterránea castradora y postiza, portadora de un racionalismo y de un cosmopolitismo a la larga mortales.

Así, aquella celtomanía que desde mediados del siglo XIX había sido mero diletantismo erudito o sosegado regionalismo, fue poco a poco canalizándose —bien es cierto que en círculos minoritarios y poco representativos del conjunto de la sociedad bretona— hacia un nacionalismo desacomplejado y agresivo. Y lo celta devino simple plataforma o excusa para el racismo. Curiosamente, bastante después de 1945, el giro hacia la izquierda operado por el grueso del *Emsav* tras la Segunda Guerra Mundial, causa o consecuencia de la sombra de oprobio proyectada por el colaboracionismo prac-

⁶¹ HEMON, R., «Des réflexions sur la littérature», *Arvor*, 42.

⁶² HENNESSY, S., «La décadence de la musique actuelle», *Arvor*, 44.

ticado durante el conflicto, hizo poco menos que imposible el recurso a retóricas raciales. Así, aún manteniendo un evidente vigor, el discurso del celtismo se ha venido cubriendo de los ropajes de un tono progresista, *new-age* o post-sesentayochista, que a su vez ha sido explotado con habilidad y sentido lucrativo por innumerables instancias: «imaginario céltico, festival intercéltico, noches célticas, leyendas célticas, la Celtia en fiestas, delirio céltico, herencia de los celtas, el secreto de los celtas, el esoterismo céltico, el oro de los celtas, bordados célticos...»⁶³ son sintagmas y reclamos que proliferan aquí y allí en vitrinas de tiendas, tras escaparates de librerías, sobre *webs* de agencias de viajes o en programaciones de actos culturales, pero con un sentido mucho menos trascendente, más banal y seguramente más inocuo, que el que poseyeron en décadas más alejadas en el tiempo.

⁶³ RIO, J.: *Mythes fondateurs de la Bretagne*, Rennes, Ouest-France, 2000, p. 15.